



OBISPO DE CARTAGENA

## **ORDENACIÓN SACERDOTAL DE CARLOS DELGADO**

**Parroquia Nuestra Señora del Carmen de Murcia**  
**2 de julio de 2017**

Vicario General y Vicarios Episcopales,  
Rectores de los seminarios Mayor San Fulgencio y del Redemptoris Mater, y formadores,  
Queridos sacerdotes, Don José Carrasco, párroco del Carmen,  
Religiosos y religiosas.  
Mi agradecimiento y saludo a los padres y demás familiares del ordenando.  
Seminaristas de los seminarios mayores y Menor de San José,  
Queridos feligreses de esta parroquia del Carmen,  
Hermanos y amigos venidos de tantos otros sitios para esta celebración.

Nos sumamos a la alegría que sientes en tu corazón, hermano diácono, ante la celebración del orden sacerdotal que vas a recibir, la alegría que tiene también tu familia y amigos, una alegría que desborda los límites familiares y se hace presente en toda la Iglesia. Esta celebración tiene su lógica, porque es un momento de gracia y bendición para el pueblo de Dios, por lo que supone la consagración de un hombre para Dios y para el pueblo, un hombre llamado y elegido por el Señor para ser testigo de otro modelo de vida, distinto del que vemos reflejado todos los días en nuestra sociedad, en la que prima el relativismo y el no tomarse en serio a la persona, dando signos de “pérdida de civilización, o sea de civilización corrompida”, como decía William Bennett. Carlos, con la ayuda del Señor, estando bien enraizado y edificado en Cristo, ayudado por la firmeza de la fe, vas a ser portador de la Palabra y de la reconciliación, porque has sido llamado a no juzgar, a no condenar, a perdonar y a dar testimonio de la misericordia de Dios y de la alegría, opuestas a la tristeza y a la desesperanza. Vas a ser testigo de la fascinación de lo sagrado en una sociedad que se ha dejado llevar por lo profano y lo mediocre. Una labor importante que tienes que hacer con sencillez y humildad.

El primero que debe cambiar en esta aventura de seguir a Cristo eres tú mismo, no lo olvides nunca, tu itinerario es común al de todos los santos: tender con humildad, confianza y entrega generosa a “la perfección de la caridad” (LG 40) a saber reaccionar en todas las circunstancias de tu servicio con una respuesta de totalidad a los demás, amando según las bienaventuranzas y el mandato nuevo del amor. La santidad cristiana no es, pues, cuestión de hazañas ni de fenómenos extraordinarios, sino que consiste en “vivir en Cristo” (Gal 2,20; Col 3,3), participando de su misma vida divina (cfr. Jn 6,57; 1Jn 4,9). Esta “vida nueva” en Cristo (Rom 6,4) se concreta en pensar, valorar y actuar como él, con el modo de amar del Buen Pastor, que da la vida dándose él (pobreza), según el proyecto del Padre (obediencia) y compartiendo esponsalmente la vida de todo ser humano como parte de su propia existencia (castidad virginal o evangélica).

Acabamos de leer en el evangelio de este domingo lo que nos dice Jesús: “el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí”. Esta Palabra también la dice el Señor para ti,

también tú tienes que tomar la cruz de la humildad si te has puesto al servicio de los hermanos y lo has de hacer con gratitud y equilibrio, reconociendo que todo lo has recibido de Dios, a quien hay que dar gloria, sólo a Dios. Ahí está el ejemplo de María, en el Magnificat, donde proclama la grandeza de Dios, a la vez que reconoce su propia nada y, al mismo tiempo, las grandes cosas que Dios misericordioso ha hecho en ella.

La humildad es la verdad o también “andar en verdad” (Santa Teresa, Moradas VI). Jesús, manso y humilde, es también el camino hacia esta verdad que es bondad y vida (cfr. Jn 14,6). Dios quiere un “pueblo humilde y pobre” (Sof 3,12); si la Iglesia no tuviera esta característica, dejaría de ser transparencia de Jesús. Como sacerdote, Carlos, es necesario que cuides y vivas la humildad ministerial, porque el camino del éxito en la evangelización pasa por la “humildad” y la pobreza bíblica, como actitud de abandono confiado y comprometido en las manos de Dios (cfr. 1 Pe 5,6-7). La actitud apostólica es siempre de servicio (“ministerial”), a modo de “instrumento vivo de Cristo” (PO 12).

En esta actitud está insistiendo el Papa Francisco, no porque queda muy bien hablar así, sino porque este es el verdadero sentido de una vida puesta al servicio de los hermanos. El mismo San Pablo nos lo recuerda en la carta a los corintios: “Dios eligió la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes” (1Cor 1,27). Tú, hermano, trabaja con humildad, con sencillez de corazón, buscando siempre lo que es grato a Dios, que merece la pena entregarse a la tarea evangelizadora para lograr que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, que es importante ser un imitador de Cristo y un servidor de todos, tal como lo explica la *Pastores Dabo Vobis*: “entrega total, humilde y generosa, a la Iglesia” (PDV 21).

Mira qué cosa más bonita dice el Santo Cura de Ars: “La humildad es para las virtudes como la cadena para el rosario: quitad la cadena y todas las cuentas caerán; quitad la humildad y todas las virtudes desaparecerán”. Mucho ánimo, hermano, puesto que has sido llamado para predicar a Cristo y anunciar a Jesús. No es una carga, sino una gracia, un regalo, porque es un privilegio encontrarte con el Señor, escucharle y ser su discípulo. La invitación de Dios no es a la comodidad, sino “al lío”, como diría el Papa Francisco. Será una aventura difícil, porque el poder de las tinieblas querrá apagar la luz de la verdad, de la cual eres portador, y tendrás que enfrentarte a esta situación desde la confianza en Dios, desde tus principios vitales, desde el convencimiento del origen divino de tu actividad profética. Dios te ha llamado para que des testimonio de su amor, para que cuentes lo que ha hecho el verdadero protagonista de esta historia: Jesucristo. Tú serás un instrumento valioso en sus manos, humilde y a veces oculto, pero sal a anunciar con un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra.

Carlos, te encomiendo a la Santísima Virgen María, Nuestra Señora del Carmen, que movida por el Espíritu Santo acogió en su seno al Hijo del Eterno Padre en la profundidad de su humilde fe, para que sea Ella tu estrella y tu guía y puedas cantar siempre las maravillas del Señor. Amén.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena